

DONATIVO
BIBLIOTECA
DE MADRID
1940

La Moda Práctica

AÑO III.

MADRID 9 DE FEBRERO DE 1910.

NUM. III.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS.

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

En nuestra portada, dos nuevos modelos de vestido para señoritas jóvenes. El primero, con el cuerpo blusón guarnecido de un collarito plisado de puntilla, con corbata y fruncido á la cintura formada por tres filas estrechas de bullones, de la que nace la túnica, que también va fruncida por arriba, cayendo á pliegues sobre la falda.

Mangas cortas, afaroladas, sujetas por un brazalet de bullones al brazo, y submangas de encaje ó tul estrechas.

El segundo, con el cuerpo-blusa abierto por delante, dejando ver una chorrera de puntilla, terminación de la guarnición del volante colocado sobre el canesú; á los lados pliegues estrechos y botones pequeños con ojales. Los delanteros van drapados y caen un poco sobre la cintura, formada por un gran cinto de terciopelo.

Mangas cortas y ajustadas, con volante por encima del brazalet y submanga de tul ó encaje.

Falda de trote con túnica larga, ceñida por arriba, suelta por abajo, y adornada con el mismo motivo de ojales y botones que el cuerpo.

En la doble plana, nuevos figurines. Con el número 1, *toilette* en popeline; cuerpo-blusa, con el delantero dispuesto en un pliegue ahuecado que se abre; canesú redondo que cubre las espaldas; bordado de pasamanería; velos análogos. Tirillas fijadas por botones de pasamanería; plastrón de encaje; cintura en Liberty, terminada por una roseta. Falda que cae completada por dos volantes de tela y punta aplicada.

Número 2.—*Toilette* en paño azul ciruela; cuerpo-blusa; bandas de tela añadidas una á la otra; tirillas al cordoncillo; plastrón de Irlanda, rodeado de trencilla de seda ganfrée; cintura de tela ó de Liberty. Falda de pliegues, con los paños laterales formando canesú; reverso vuelto y delantero liso.

Número 3.—*Toilette* en paño ó sarga, hecha de varias partes; reversos y velos bordados; plastrón en tul, rodeado de un guimpé de tela; tirillas de pasamanería; cintura de tela. Falda de cuatro paños, cerrada al lado, como el cuerpo.

Número 4.—*Toilette* en paño rosa antiguo, bordada al cordoncillo en el mismo tono; cuerpo-blusa; cintura de Liberty negro. Falda con volante añadido; delantero dispuesto en un pliegue ahuecado; aplicación de bandas de tela.

Número 5.—*Toilette* de luto en velo de lana negro. Plastrón en muselina plegada; crespón bordado y blonda negra; sobrepujado, bieses y cintura de crespón. Volante con pliegues ahuecados y uniéndose, realizado por una aplicación de tela.

Número 6.—Traje en sarga; cuerpo-blusa hecho de varios paños; guimpé bordado rodeado de una sardinet de tela; cintura de Liber y. Falda con volante añadido, cortado en tres paños; cierre de la falda por detrás, y el de la blusa, por delante, al lado.

Número 7.—*Toilette* de visita en paño; canesú y velos bordados de *soutache*; plastrón de muselina; blusa de pliegues que se deshacen; por delante pliegue ahuecado. Falda con volante fruncido añadido; cintura de cinta Liberty.

Número 8.—*Toilette* de paseo en sarga, bordada al cordoncillo; tirillas de *soutache*; plastrón de encaje; cintura de tela. Falda de cuatro paños; volante coronado de una banda de tela y ribete de bordado.

En la última plana, Labores artísticas por M. Salvi.

Números 1 y 2.—Cifras P Q, continuación de abecedario para bordar sábanas.

Números 3, 4, 5 y 6.—Enlaces RS, UD, PS, LT, para bordar al realce en servilletas: la cifra, oscura, con algodón de tono color pálido, y el resto con algodón blanco maravilloso.

Núm. 7.—Enlace YE para pañuelos.

Números 8 y 9.—Cuadros originales para aplicaciones en ropa de cama, ejecutados á encaje Inglés de hilo.

Números 10, 11 y 12.—Nombres de Fidel, Benita y Jacinta, para bordar pañuelos de diario.

EGOS DE LA MODA

Es en la maravillosa combinación de matices y en la finura y rareza del colorido por donde las modistas más inteligentes buscan la originalidad suspirada, persiguiendo sin tasa la fantasía, particularmente en las «*toilettes*» de reunión.

En el especial acierto de cada modista es donde se conoce «su modo de hacer», su «cachet» personalísimo, que no se confunde. Es algo así como el estilo en los profesionales de la pluma.

En los trajes de vestir, el color negro está haciendo furor; raso, tul, «chiffon», etc. Sobre este tono sombrío caben mil originalidades seductoras, donde la fantasía y el buen gusto en el adorno pueden llegar al infinito. Lo que «se ve» mucho menos es el tul negro sobre transparente blanco, que tan en boga estuvo en las últimas temporadas, hasta el punto de parecer unifor-

madas las elegantes. Como adornos verdaderamente lindos y de gran «chic», los muy flexibles encajes de oro y de plata, especie de «guipures» metálicas de tonos varios.

La vida moderna asegura el éxito, siempre creciente, de los trajes sastré. La falda, en estos tiempos, no se comprende sino corta, práctica. Se llevan con «echarpes» y se hacen de terciopelo y de paño, lo mismo que de vicuña ó sarga. Estrechos, bien ajustaditos, estos vestidos se han hecho indispensables, y si se cuida de llevarlos con un calzado impecable, de altos tacones (aunque rabie la higiene; pero la moda manda), favorecen mucho. Claro es que sientan mejor á las mujeres jóvenes y esbeltas. Las que no reúnen en su físico estas condiciones, deben llevar, si, trajes hechura sastré; pero moderando su confección. El «conócete á ti mismo» de la filosofía socrática, ha venido á ser la divisa de las damas que quieren sentar plaza de elegantes. Hay que huir de lo que deje de «irnos bien» á nuestro tipo, y sacar el mayor partido posible de aquellos extremos de la moda que se acomoden á nuestra edad, estatura, circunstancias y «otra porción de cosas» que fuera prolijo enumerar.

El invierno suele ser la estación de los lutos. Muchos enfermos y personas de edad avanzada no pueden resistir los rudos efectos de la lluvia y del frío, y emprenden el viaje eterno, sin fuerzas para llegar á la riente primavera. Los duelos se multiplican. No es ocioso advertir que—ya sabéis que la moda todo lo invade,—ahora se ha dispuesto por la diosa tirana el que los lutos se lleven mucho más cortos. Pero «lo que no va en lágrimas, va en suspiros», ó lo que es lo mismo, que cuanto se le ha restado á los lutos de duración se le ha impuesto de severidad y austero rigor. El vestido de luto no debe confundirse, ni á primera vista siquiera, con otro cualquier traje negro. Hay que confeccionarlos exclusivamente en lana ó en crepé y con un tono de sobriedad que rechaza todo lo original. El vestido sastré, por ejemplo, no puede, en modo alguno, servir para un luto. Lo mejor es una falda de cachemira muy sencilla-

mente adornada por debajo, y el cuerpo de crepé, á pliegues. En los lutos no muy rigurosos, podrán emplearse los bordados, incrustaciones y pasamanerías, siempre que sean mates. En esta clase de lutos también son admitidas las pieles de nutria, con el sombrero de crepé y el velo semilargo. El luto más grande que existe es el de viuda. Se impone el manto. En los de padres y hermanos, sólo es de rigor para la ceremonia de los funerales.

Y perdonad, lectoras, si este párrafo ha sido triste. Creedme que no es ajeno á esta sección. Lo impone también la moda, y acerca de tales extremos no dejo de recibir repetidas consultas. Dios quiera que tardéis mucho en tener que ocuparos de tan serios extremos. Y terminemos con más agradables noticias de «trapos».

Los encajes se imponen: por arriba, por debajo, por delante y por detrás; en los sombreros, en la ropa interior, en pecheros y corbatas, así como en vaporosas ondulaciones para adorno de los hombros y espalda. La que no pueda llevarlos legítimos, que se los ponga de imitación, cuya industria es hoy día perfecta. Con ellos pueden hacerse preciosas combinaciones. Los negros, mezclados con los tules y con el terciopelo mismo, son de un efecto mágico.

¿De abrigos? Los más bonitos y de más «chic», los de piel. Como «salidas», no ha cambiado la moda. Siguen imperando las amplias y largas, especies de dominós, con verdaderas «complicaciones» de flores, cintas y «pomponnages». Diríase de estos abrigos de gran lujo que se hicieron copiando encantadores grabados del siglo XVIII.

¿Queréis algo para las muchachitas, alguna noticia de modas concerniente á las niñas de doce ó catorce años? Pues bien, mamá cariñosas, peina á vuestras hijas casi, casi, como vosotras mismas lo hacéis: con cintas entrelazadas, pudiendo añadirse flores, pompones, y hasta ¡cerezas con rabo! Así he leído que lo recomienda una ilustre «revistera» francesa. Palabra de honor.

LA CONDESA FLOR DE LIS.

EL PENITENTE

NOVELA CORTA

Tanto interés tenía por conocer la vida del hermano Germán, del que me habían contado verdaderos rasgos de abnegación, que me dirigí al Hospital á ver al capellán, un santo sacerdote, por quien siempre sentí gran veneración, y le expuse el motivo de mi visita.

—Es muy delicado lo que usted desea—me contestó,—y además, una historia muy triste; pero ya que se empeña, voy á satisfacer su curiosidad. ¿Usted recuerda al célebre pintor Luis Salvatierra?

—El que, después de conseguir tan grandes triunfos, desapareció y no se ha vuelto á saber de él?

—El mismo, sí, el mismo. Pues Luis Salvatierra es el hermano Germán.

—El hermano Germán!

—Sí, señor. Nació en un pueblecito de Andalucía. A los pocos meses se quedó huérfano, y un tío suyo se encargó de su educación. Desde muy joven demostró grandes aptitudes para la pintura, y cuando llegó á los diez y ocho años, causaba la admiración en su pueblo. Como no había elementos para completar su educación artística, el señor cura y el maestro de escuela, que eran las únicas personas entendidas, aconsejaron á su tío que le mandase á Madrid para perfeccionar sus estudios. Algo rehacio estuvo en un principio; pero con tan buenos consejeros, accedió al fin, y á los ocho días salió Luis de su pueblo, lleno de ilusiones, con una pensión de quince duros al mes, dispuesto á ser la gloria del país que le vio nacer.

Llegó á Madrid, hizo oposición á una plaza de alumno en la Escuela de Bellas Artes, y la ganó. Alquiló un pisito cuarto, con muy buenas luces, y en las horas que no tenía clases se dedicaba á estudiar, distrayendo algunos ratos en mirar á una vecinita que vivía frente por frente de su ventana.

Se llamaba María; huérfana, como él, y artista también. Daba lecciones de piano y con lo que le producían vivía honradamente, siendo el encanto de la vecindad, que se hacía lenguas de su virtud.

Sucedió lo que tenía que suceder. Ella, joven y hermosa, y él, joven y no mal parecido, llegaron á amarse; pero con un amor platónico, con un amor sublime...

Ella todo el día lo dedicaba á sus lecciones, y él á sus clases; por la noche se asomaba cada uno á su ventana y se pasaban un buen rato charlando y haciendo mil proyectos para el porvenir; á las diez se despedían hasta el día siguiente, que volvían á hacer lo mismo.

Luis progresaba en su carrera; pero el tío se cansó de mandar dinero y le escribió diciéndole que le retiraba la pensión porque no quería mantener holgazanes.

Así las cosas, salieron á oposi-

ción unas plazas de pensionados para estudiar en Roma. Luis se encontraba en condiciones de aspirar á una de ellas; pero, ¿cómo? Había que pintar un cuadro, pagar modelos y no tenía dinero para sufragar estos gastos. Escribió á su tío y no tuvo contestación.

María, que entonces ya no vivía más que para Luis, se enteró, y una de las noches que estaban, como de costumbre, charlando desde la ventana, le ofreció el dinero que le hacía falta.

—¿De ninguna manera!—dijo Luis.—¿Cómo voy á consentir que te privas de lo más necesario por mí!

—No lo creas. Tengo algunas economías, y es una lástima que por tus escrúpulos pierdas la ocasión que puede ser base de tu fortuna; además, ¿qué no haría yo por tí? El dinero que te voy á dar es de los dos, porque vivimos el uno para el otro. ¿No es cierto?

—Sí, María, sí. Ganaré esa plaza, iré á Roma, volveré hecho un artista, y entonces serás mía y viviré sólo para tí.

Santa Teresa fué el asunto del cuadro que salió á oposición. Luis hizo sus bocetos, empezó á trabajar; pero no encontraba modelo á propósito para pintar la figura tal como él la había soñado. Ninguna mujer reunía las condiciones que necesitaba. Desesperado, estuvo á punto varias veces de hundir la espátula en el lienzo.

María notaba su disgusto, y le interrogó.

—Lo que me pasa es que todos mis planes se han desbaratado. No encuentro modelo para mi cuadro. Yo había soñado una mujer ideal y... no la encuentro.

—¿No existirá!

—Sí, existe, sí.

—Propónselo.

—Esa mujer es imposible, porque eres tú, y no puedes sacrificar hasta ese extremo.

—¿Por qué no? Lo primero es que triunfes, y si yo puedo aportar algo para que consigas la Gloria, lo aportaré.

Le sirvió de modelo, y el cuadro resultó una obra maestra. El Jurado le dió el primer puesto por unanimidad.

—¿El cuadro es hermosísimo!—decía todo el mundo.

—¿La figura de Santa Teresa debió ser tan ideal como la que ha puesto en el lienzo el pintor!

Luis triunfaba, y triunfaba por María.

Marchó á Roma pensionado. La despedida fué muy triste. Juramentos, lágrimas, promesas... Todo muy natural entre dos seres que vivían el uno para el otro.

Los primeros meses no pasaba correo sin tener carta María.

Luis seguía adelantando; había adquirido nombre y sus obras se pagaban á precios elevados. María seguía con sus lecciones, sa-

tisfecha de los éxitos de Luis y esperando el venturoso día de su regreso.

De pronto cesó Luis en su correspondencia. María pensó que pudiera estar enfermo, y siguió escribiéndole, sin tener noticias, hasta que, por fin, recibió una carta donde ni siquiera había una frase de cariño. María desde aquel instante perdió sus ilusiones; veía que el hombre en quien adoraba quería romper el sagrado compromiso de su amor.

¿Ni una queja exhaló aquel ángel! Lloró en silencio su desventura, y la pena fué minando su vida. Contrajo una grave enfermedad, tuvo que ir abandonando sus lecciones, y la miseria entró de lleno por las puertas de aquella buhardilla, que antes había sido un paraíso.

Vendió los pocos muebles que tenía, y un usurero, á quien había pedido dinero á cuenta del piano para dar á Luis lo que necesitaba para pintar su cuadro, al ver que venció el plazo y no le pagaban, se quedó con él. La enfermedad hacía progresos en María. La arrojaron de la casa por no pagar, y se vió sola, enferma y en la mayor miseria, en medio del arroyo...

Luis, que había conseguido la Gloria, se olvidó por completo de su ángel tutelar.

A los tres años de estar Luis en Roma regresó á España, con motivo de celebrarse Exposición de Bellas Artes. En este tiempo se había formado por completo el artista, y sus obras eran la admiración de todos.

Venía en busca del gran premio de honor. Traía para el certamen un cuadro de grandes dimensiones que lo titulaba «Una autopsia». Faltaba por terminar la figura de una mujer colocada sobre una mesa de disección; al lado estaba el operador, que con mirada penetrante examinaba el corazón de la muerta.

Próxima la apertura de la Exposición, fué á San Carlos, habló con los médicos, y en seguida se pusieron á su disposición.

Necesito tomar algunos apuntes del cadáver de una mujer joven.

—No hay ninguno.

—Pronto tendremos el de una pobre muchacha, que lleva cuatro días peleando con la muerte—dijo uno de los mozos, que se mezcló en la conversación.

—Pues nada, cuando eso ocurra, agradeceré á ustedes que me avisen.

Al día siguiente tenía Luis recado en su casa de que había fallecido la muchacha de quien le hablaron, y mandó trasladar el lienzo á la sala de disección del Hospital.

Sobre una mesa de mármol y cubierto con un lienzo blanco estaba el cadáver.

Mandó que le descubrieran, y se puso á trabajar.

—¿Es admirable!—decía.—¿Qué perfección de formas! Parece mentira que una mujer tan pobre, y que debe haber sufrido tanto, conserve tales bellezas!

—¿Que si ha sufrido!—dijo el mozo.—¿Ocho meses sin moverse de la cama!

—¿Vaya, esto ya está terminado!—exclamó Luis.—¿Con un modelo así, tiene que resultar una obra perfecta! ¿Y de qué ha muerto la infeliz?

—¿De tristeza!—contestó el médico.

—¿Cómo!

—¿De tristeza, sí, señor!

—¿Acaso desgracias de familia... la miseria!...

—Nunca lo hemos podido averiguar. Nunca quiso contarnos sus desdichas. Sólo ayer, cuando pasé la visita, me dijo:—Doctor, yo me muero... y me muero sin poderle decir adiós... ¡Sólo su presencia me hubiese salvado!—¿Quién?—le pregunté.—¿Mi Luis de mi alma!... Y cayó postrada en mis brazos.

Luis, muy pálido, se adelantó hacia la mesa de disección. De repente, dió un grito. Cogió entre sus manos la cabeza del cadáver que acababa de servirle de modelo, y mientras cubría su cara de besos, decía, con voz entrecortada por los sollozos:—¿María!... ¡María mía!...

El gran premio de honor fué concedido á «Una autopsia».

María, con su cuerpo lleno de vida, había sembrado el camino de flores para Luis, y después de muerta le abría de par en par las puertas de la Gloria.

No había persona que mirase el cuadro que no sintiese profunda tristeza al ver la cara de amargura que tenía el cadáver. ¡No parecía obra humana!

Al abrirse un día las puertas de la Exposición encontraron el cuadro destrozado. Nunca se pudo averiguar quién destruyó tan hermosa joya.

En el cementerio se levanta, majestuoso, un mausoleo, donde un ángel arroja flores sobre la tumba de María.

Luis le mandó construir, y al mismo tiempo que el cuerpo de la que murió bendiciéndole, enteró su alma de artista.

Hace diez años que vive consagrado á hacer todo el bien que puede. Está en este santo Hospital, siendo el consuelo de todo el que sufre. Viste con lo que desechan los más pobres. Duerme dos horas sobre el duro suelo, y se alimenta con los desperdicios de los enfermos. ¡Es la Providencia de los desgraciados!

—¿Qué historia más triste!—murmuré.

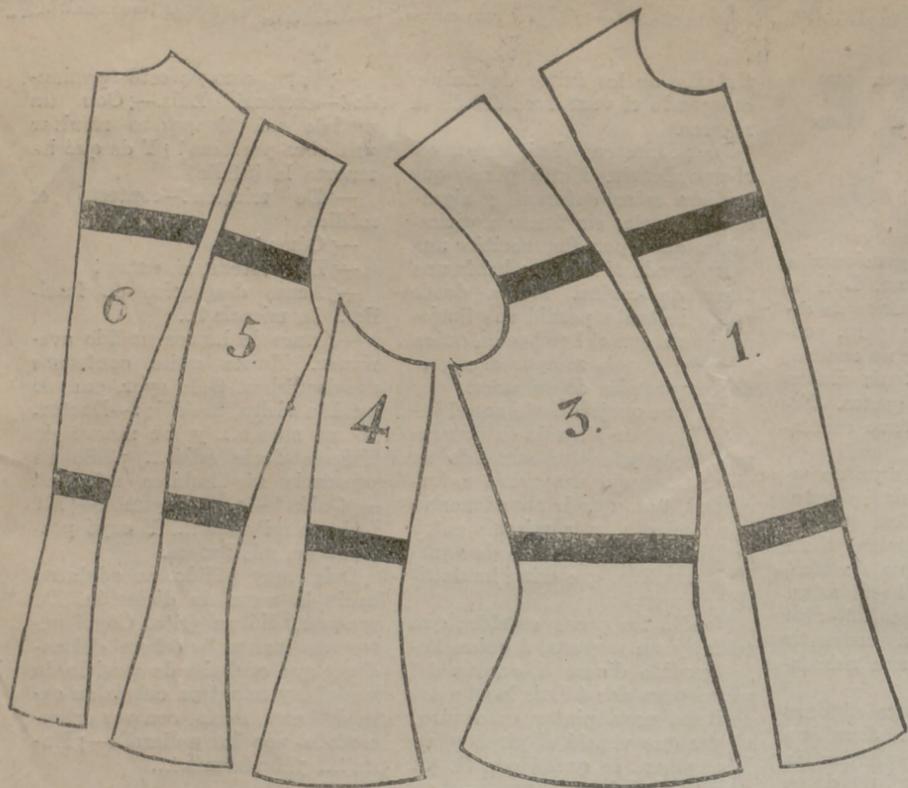
—¿No se lo decía yo? Ahí tiene usted lo que son las vanidades del mundo—exclamó el santo sacerdote.—La Gloria ocupó por completo su cerebro y se olvidó de lo más santo, de lo más sublime: del ser que moría víctima de la abnegación del amor más puro...

Así vive el hermano Germán, el penitente; esperando que Dios se apiade de sus sufrimientos y le considere digno de reunirse en el cielo con la mujer á quien no supo hacer dichosa en la tierra.

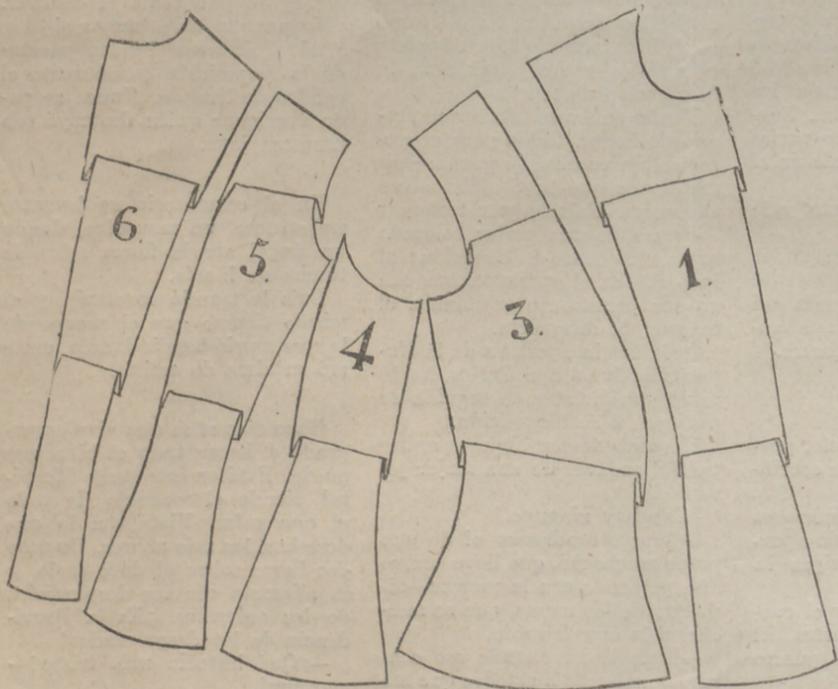
MANUEL GARRIDO.

Festones para bordar, Fuente,

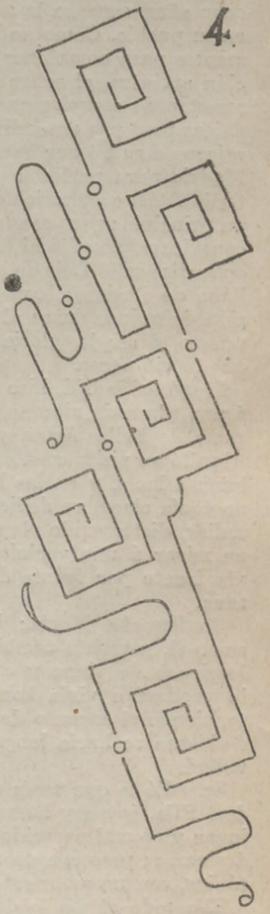
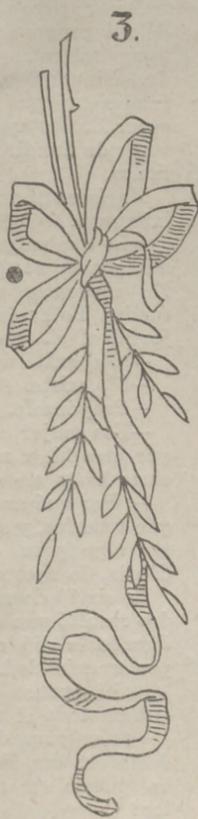
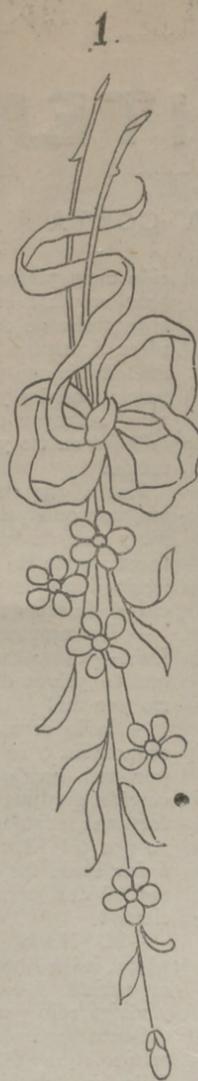
Ampliación y reducción fácil de patrones.



Para alargar un patrón de chaqueta, divídase transversalmente y sepárese lo necesario hasta que dé el largo de medida. Las líneas faja negra indican el corte alargado del patrón.
 Número 1. Pechero.—3. Delantero.—4. Pequeño delantero.—5. Costadillo.—6. Espalda.



Para disminuir un patrón, dóblese cada patrón en el sitio y forma que se indica, hasta que dé la medida necesaria de reducción.
 Número 1. Pechero.—3. Delantero.—4. Pequeño delantero.—5. Costado.—6. Espalda.



M. SALVI.



Números 1 y 3.—Motivos de novedad para bordar en blusas y cuerpos con sedas.—Números 2 y 4. Motivos nuevos para bordar en blusas y cuerpos, á cadneta, al realce ó con cordones.—Número 5. Motivo bordado con sedas para vestidos.

MI PRIMER AMOR

(CUENTO INGENUO)

La iglesia de San Jorge, con sus columnas cuadradas y anchas y sus paredes y bóvedas lisas, es la más fea, si bien la más grande, de la ciudad. Aquella falta de esbeltez en las columnas, de airo­sidad en los capiteles, de alguna pintura que detenga la vista, que resbala desbocada por sus paredes blancas, no responde á la riqueza y arte que ha de haber en el templo de un Dios que hizo el mundo.

Danse en ella, sin embargo, las fiestas más lucidas, por la gran cantidad de fieles asistentes y por las numerosas y bien timbradas voces de su capilla, y esto es lo único, según creo, que en aquel templo dice bien con los altos atributos de su Dios: cuando la gente acude en tropel y arremolinándose en torno de las columnas, que se asemejan á patas de elefante, la llenan por completo hasta el último rincón de los oscuros altares, y cuando, á la vez, romper acordes á cantar las mil voces afinadas de su coro, entonces la iglesia de San Jorge alzáse sobre todas, y al llegar á sus oídos las apagadas voces de las otras, que dicen «Dios es rico», «Dios es artista», lanza con grito potente un «Dios es grande».

Es iglesia antigua, y profánala, á mi parecer, el órgano moderno, comprado á disgusto por exigencias del sabio organista, y en culto á la fama de la capilla que tantos fieles atrae; el antiguo, de trompetas largas y añosas, es lo que sólo falta á la parroquia de San Jorge para completar su ve­lutez.

Nada de lo que llevo dicho justificará mi asistencia á San Jorge á la misa de doce y media, y si además añado que no es templo famoso por la belleza de las mu­jeres que á él concurren, desorientaría al lector malicioso y afirmaría al observador sagaz en su creencia de que si no iba por ver á todas, es señal de que me gustaba sólo una.

Una señora rubia, vecina mía, muy hermosa, que representaba unos treinta y tantos años, y que en el periódico, con un anuncio cuco y abreviado, ofrecía gabinetes llamándose discreta, iba á la misa de doce y media, y hacía el milagro de que, con buena voluntad, si bien con poca devoción, yo también asistiese.

Colocábame cerca de la reja de uno de los altares, y esta es la hora en que no sé todavía á qué santo está dedicado: su fea cata­dura y extraño continente nada me decían; pero mi vecina tenía mucha devoción, y esto bastaba para que yo fuese á su altar, aunque no le tuviese ninguna. Me miraba el santo de mala manera, yo no sé si porque así fuese su mirar en vida, ó por pecados del es­cultor, ó por mi misma manía ó loco empeño en echarle la culpa del mal camino ó ninguno que to­maban mis amores, pues mi veci­na rubia rara vez me miraba ó ha-

cialo por alto, sin fijarse, sin dar á mi persona el interés que yo tanto procuraba comunicarle.

Pensé luego si sería por mis pocos años y esta extrema menudencia de mi cuerpo, y resolví después estar atento y con la vista fija en las idas y venidas del sacristán, para llamarle á tiempo de poderle pagar la silla que ocupaban mis preocupaciones, la rubia hermosa, mi vecina y señora discreta, por añadidura; creí así que le daría motivos para que en mí posase sus ojos y en mi acción su pensamiento, consiguiendo dar el interés buscado á mi diminuta y, por ella de otro modo, no advertida persona...

Era un guapo mozo el sacristán, y nada bueno podría decir de él, si no advirtiera que en nada á los de su profesión se parecía: era alto, moreno, de pelo rizado y ojos negros, modales desenvueltos y pisar recio, de hombre; tendría unos veinte años, y sombreábale el bigote dando mucha gracia á su rostro.

Llegué hasta mi hombre cuando pensé era tiempo oportuno, y le expuse mi pretensión; pero él, con cara desabrida, envolviome en una mirada, y lanzándome después á lo más profundo de su desprecio, me dijo:

—Ya está pagada.

Volví los ojos tiernamente al santo, que antes era el blanco de mis iras, y que dirigíanse ya todas contra el sacristán; tan mal pensado me hizo aquella mirada, que ahora juraría que sus paseos constantes por aquella parte de la iglesia eran muy en su provecho y muy en contra de mis amores y daño de los intereses de la parroquia.

Estaba rabioso, y decidí con energía, en mi interior, acercarme á la salida y hablar á la que, por el solo hecho de mirarla yo, no quería que nadie la mirase; mas trocose todo en cobardía, que tenía la timidez del que nunca habló con mujer, y, á más de eso, era ella demasiado madura para que en tal ocasión yo me atreviese.

Llegó un domingo, y otro, y con ellos ocasión de pagarle la silla en la misa, considerando este acto como el primer paso firme que yo debía dar para la segura y feliz conquista de aquella mujer, y mis calurosos intentos helábanse siempre al oír la seca respuesta del sacristán:

—Ya está pagada.

Cavilaba ya otros planes y tramaba hechos asaz atrevidos para mi timidez acrisolada, y aunque unos desde luego deshacíanse al chocar contra ella, se alzaban otros, sin embargo, por cima de todo, vencedores.

Una tarde estaba en el balcón por ver si al suyo se asomaba mi vecina, y no me hizo esperar, que abrió las vidrieras y salió más triunfante que el sol por las mañanas. Vestía una bata descotada sin cuidado y que constituía mi

mayor delicia, porque viviendo en un piso más alto que el suyo, al recostarse con coquetería en el balcón, me descubría un tesoro demasiado hermoso para igno­rado...

Entonces resurgían valientes mis proyectos; llegó un momento en que los creía ya todos hacedores; cuando advierto que un hombre se coloca al lado de ella, me

fijo, y... era el sacristán de San Jorge; todos vinieron á tierra, y con ellos muertas cayeron mis esperanzas todas.

El miróme á mí como diciendo: —Ve usted cómo está co­brada?

Y luego hablóle á ella, que también me miró y rióse; yo me puse colorado y cerré el balcón.

M. GUTIÉRREZ ARANA.

FEBRERO

A Febrero le llaman el mes loco, porque es voluble, equívoco y variable; mes femenino, breve y agradable, cuyas delicias con placer evoco.

Las máscaras que lucen su descoco son su nota más típica y amable, y sólo el tiempo en él es lo mudable, que Alegría y Amor cambian muy poco.

Para el que tenga espíritu sensible son de dulce y gratisimo recuerdo sus disfraces; sus fiestas, sus figuras; y por eso yo juzgo preferible, á cualquier otro mes sensato y cuerdo, este mes que está lleno de locuras...

RAFAEL MAROTO.

Elegante "toilette,, de casa.



En velo de seda crema, guarnecido de una estola de puntilla blanca, separada de una manga perdida en forma de manteleta *pepium*. Cuerpo ajustado fruncido á la cintura, y falda fruncida cerrada por las rodillas por dos filas de frunces.



Gar
Pract
es



Wool
Fabric

Estafeta de La Moda Práctica

Lucinda.—Deseche esos temores, propios no más de criaturas sin experiencia alguna. Ellos son consecuencia de la funesta educación con que suele entenebrecerse el corazón y el cerebro de los niños, empézanlos á hablar desde pequeños de las torturas de Pedro Botero y de las horribles sartenes de aceite hirviendo que hay en el infierno.

Lo que más me sorprende es que usted, señora mía, después de haber doblado «el cabo de los treinta», venga aún diciendo que padece alucinaciones infantiles. Contra esas aberraciones tome un antihistórico cualquiera, amén de buena porción de tila con gotas de reflexión. Para lo de las incipientes canas, es más fácil el remedio. Lociónese á diario, y sólo por espacio de un mes, con agua oxigenada, que obra más bien como decolorante, y yo le aseguro que haciendo uso de esta receta muy pronto han de quedar igualados esos diversos matices que en su pelo aparecen, y que causan su justa desesperación, pues, como dice muy acertadamente, el arco iris es sólo bonito para contemplarlo en el cielo.

Una vieja de veintidós inviernos.—Emplee como tónico la quina, y teniendo constancia yo fio á usted que es éste el mejor regenerador del cabello.

L. M.—Se recibió su cupón, y queda su ruego de dibujos recomendado con toda eficacia en la sección correspondiente.

F. S. L.—Dirijase directamente á nuestras oficinas administrativas y perdóneme si me atrevo á recomendarle que cuide un poquito (ó si quiere usted un mucho y será mejor) la ortografía, que á la verdad resulta desastrosa.

J. R.—No se dice no me *cae*, sino no me *cae*. Así nada más. La *h* viene ahí malísimamente. Créame usted. Se recibió su cupón, que desde luego lo hicimos incluir en suerte. Y excusó decirle cuánto me alegraré que le *caiga* algún premio.—Lo que me dice de bordados y dibujos queda muy recomendado en la sección correspondiente.

H. S.—Primera pregunta.—La greda.

2.^a Siga con el procedimiento de la cerveza tibia, pero á diario y con verdadera constancia.

3.^a Se reciben todos sus cupones.

4.^a Recomiendo su ruego en la sección de patronos.

Una que no quería á uno y le dijo que sí.—Pues hizo usted muy mal, hijita, porque no sabe la serie de complicaciones que puede traer consigo esa determinación. Lo peor es que, á no estar usted decidida «á andar muy derecha», puede ser que no

sea usted sola víctima, sino el que á primera vista pareció que triunfaba.

No intente, por Dios, quitarse los lunares, que desde luego hacen mucha gracia.

C. I. M.—Desde la Administración le habrán respondido cumplidamente á cuanto usted deseaba. Quedan hechas las recomendaciones que usted indicaba en la sección de dibujos.

María de la Luz.—Usted verá lo que puede pasarle si continúa engañando á *Polito* yéndose á los bailes de máscaras en cuanto él, ¡el pobre!, le dice adiós y se va á la cama tempranito. Lo que yo no veo bien claro es «á cuento de qué» me pone usted en autos de las infidelidades que comete usted con el infeliz y *predestinado* *Polito*. Es el caso que no me pide usted ningún consejo, limitándose á decirme que «se la pega» á su novio. ¿Qué quiere que yo haga sino encogerme de hombros, picaruela María de la Luz? ¡Y que se permita usted estos escarceos teniendo la cara—según propia expresión—como un asiento de rejilla por efecto de las malditas viruelas! Por eso, sin duda, es usted tan aficionada al antifaz. Y vaya este puyazo en defensa del sin ventura *Polito*. Cuando llegue usted á su casa y se quite la pecadora careta, loCIÓNese el rostro con Agua de la Juventud, y si tiene usted constancia, para el Carnaval que viene le habrán desaparecido esas malditas huellas, con las cuales su pobre novio *apachuga*, para que después le engañe... ¡ah! ¡oh!

Dos de Febrero.—Se conoce que esta fecha es memorable para usted. Si es por algún próspero suceso, yo la felicito. Si le recuerda tristezas, «acompañe á usted en el sentimiento».—A los tres meses del luto que me indica pueden empezar á pagarse las visitas de pésame. En esto de los paseos y de los lutos, antes que á las conveniencias sociales, consulte usted con su corazón, y créame que ello es el mejor termómetro para regular la vida después de perder á una persona de nuestra familia.

M. de P.—Para la conservación de las manos son muy provechosas las mezclas de glicerina y salvado. Duerma con unos guantes anchos, untados interiormente, claró está.—La cerveza para el rizado del pelo se aplica tibia y en lociones. Use el peinado que mejor le siente y uniforme el matiz de los cabellos con la fórmula del Agua Oriental. Los polvos de arroz, cuidando de que sean legítimos, son excelente remedio para lo que me consulta. Los hay ligeramente coloreados. El niño estará muy mono con el trajecito

que me describe. Consulte para esto nuestra sección de figurines y los *Ecos de la Moda* que se publican en todos los números.

Viva España.—Me uno con el alma á su patriótico pseudónimo. Se recibió su cupón, que, como todos, entró en suerte. El porqué no le ha tocado ningún premio, es lo que no puedo adivinar á qué causas obedezca. ¿Será porque no haya tenido usted suerte? ¿Por qué no piensa un poquito en ello? No he recibido la carta á que hace referencia. Tenga la bondad de repetir sus consultas y le contestaré con verdadero gusto.

Kely.—Ya que tiene usted el capricho de elegir como pseudónimo un nombre inglés, sepa, amiga mía, que se pone *Kely*, con *k* y sin *u*, y no *Quety*, como usted escribe.

Acerca del remedio que me consulta en su cartita, le diré, ante todo, que, lejos de ajar el cutis su uso indefinido, lo aterciopela é higieniza en alto grado; que debe dirigirse á Madrid para su adquisición y que, por los dos nombres unidos, se conoce mucho la verdadera panacea de que venimos tratando. Por lo demás, me parece «de perlas» que desee usted parecerle á su novio «la mar de bonita». Y no sólo ha de ser cosa de que parezca usted linda, sino que lo será así, en realidad. ¿No es cierto?

Jesús y María.—Sí, señora, era á usted misma á quien se refería la respuesta de que me habla. Ya, pues, sabe la contestación que dimos á la *ideica*.

Lucila.—No conozco yo ninguna obra por la que pueda usted adquirir conocimientos técnicos en el ramo de cerámica. Ello más bien se obtiene con la costumbre de «andar» entre cacharros antiguos. Usted no me molesta nunca, señora mía, y más con sus consultas sabias. Lo que yo siento es ser tan ignorante para no haberla podido servir en esta ocasión. Otra vez será.

Serapia.—Si el original es bueno, bueno, se publicará. En cuanto á lo de la *pecunia*, ¡por Dios!, mi señora doña Serapia, deje usted eso para los pobrecitos profesionales de la pluma.

San Juan de Luz.—Lo de disfrazar á los niños en Carnaval tiene sus inconvenientes, porque con la gracia del trajecito de capricho suelen salir á la calle desabrigados. Todo, por la Virgen, antes que elegir un traje, en que las pobres criaturas, víctimas del símbolo, carguen en sus espaldas débiles con un pesado atributo. Debe usted locionar los cabellos del nene con manzanilla, lo que positivamente aclara el pelo, llegando

á ponerlo rubio, si se tiene constancia en el procedimiento. Por lo que toca á usted, emplee el Agua Oriental que igualará el matiz de su mata de pelo, dándole un tono uniforme y obrando de un modo progresivo.

Una madrileña.—La cerveza tibia es, en efecto, de gran resultado para el rizado del pelo. Mójese en ella antes de envolver los mechoncillos en las horquillas. Lo que, desde luego, le recomiendo para combatir las arrugas, lo mismo que conseguir que desaparezcan las huellas de las viruelas, es el Agua de la Juventud. El aceite de ricino y la brea que le recomendé para la caída de los cabellos, no es preciso que se les haga preparación alguna.

Enamorada de un torero.—No dice así su pseudónimo. Especifica el nombre del agraciado. Pero no quiero hacerle más cartel. Bueno que lo tenga en la plaza. Por otra parte, esto de las señoritas apasionadas, no de la fiesta, sino de la torería, no puedo remediarlo, me *carga* de un modo horrible. Así es que no insistamos más sobre este punto. Tenga usted en buen hora todas las pasiones majas, que guste; pero al exteriorizarlas imprudentemente, no me haga á mí—¡pobre vieja escritora!—cómplice de sus histerismos taurómacos. Cuantas otras preguntas me hace en su carta, tienen detallada respuesta en la sección *Ecos de la Moda*, que todas las semanas publica en esta revista *La Condesa Flor de Lis*.

Una extranjera.—Informa el examen grafológico de su carta—hecho á la ligera—que es usted persona culta y de gustos exquisitos, indicando al propio tiempo que es su carácter amante del detalle y del orden en todas las cosas. Para las pecas es mi consejo que siga usted usando lo que le recomendé; pero con la constancia precisa en aquellos remedios que no producen efecto inmediato. Pocos son, por desgracia, los que tienen entre sus virtudes tan preciosa cualidad.

Aguaviva.—Es, en efecto, de gran interés higiénico—y, desde luego, buena prácticas de aseo—el tener la costumbre de locionarse diariamente el cuerpo con una buena Agua de Colonia. Después, el cuello y rostro debe usted cuidarlos usando la fórmula de los polvos «Siempre veinte años», que dan al cutis transparencia y frescura, teniendo la gran ventaja de ser muy adherentes. Es lo que más se parece, en sus resultados, al *maquillé* francés.

La Secretaria.

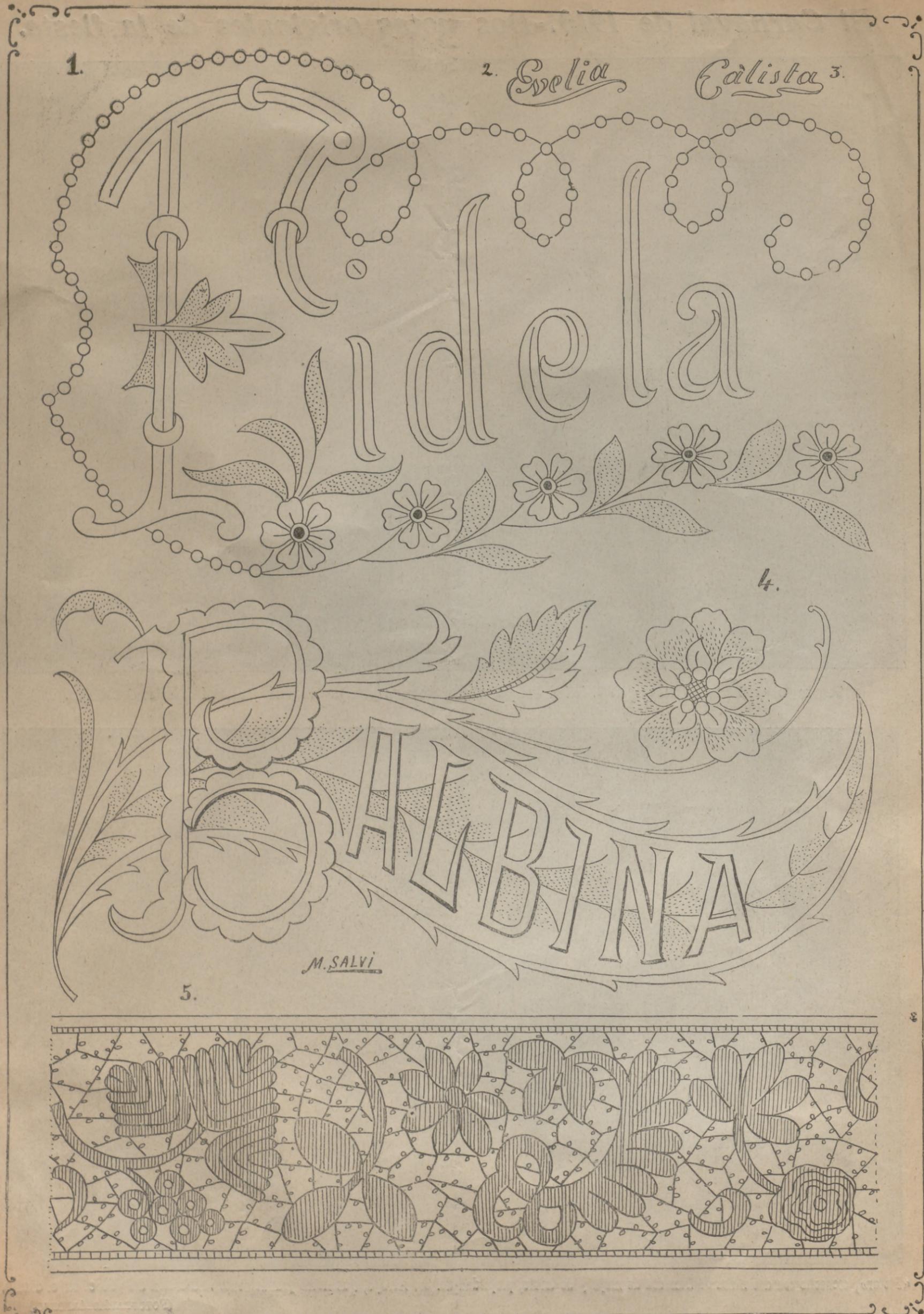
El Carnaval de 1910.-Dos notas originales de la fiesta.



Carroza de «El cometa de Halley», de D. Rafael Enrique, muy artística, ocupada por bellísimas jóvenes disfrazadas de estrella.



«Pitter», cochecito con dos niños disfrazados de maja y de torero, propiedad del Sr. Arroyo, que llamó grandemente la atención del público, en el desfile.
(FOTOGRAFÍAS ALFONSO.)



Núm. 1. Nombre de *Fidela* para bordar en sábanas al realce y punto de arenilla.—Núm. 2 y 3. Nombres de *Evelia* y *Calista* para pañuelos.—Núm. 4. Nombre artístico de *Balbina* para bordar en sábanas de diario al realce, punto enjabado y de arenilla. Estos nombres se ejecutan al dibujo reducido para almohadas por 2 pesetas uno.—Núm. 5. Gran novedad de entredós de encaje *Irlandés*; las figuras se ejecutan primero al crochet con hilo número 25, y después se colocan uniéndolas con las presillas fondo como indica el dibujo.

AL LLEGAR

—¿Llora, llora el maestro?— acababa de preguntarle á Luis Sandoval, el escultor, su ayudante y discípulo, al encontrarle en el estudio, boca abajo en la «chaisse-longue», las manos en la cara y los ojos preñados de lágrimas.—¿Por qué llora, maestro?

Levantó aquél su cabeza y miró al discípulo con aquellos sus negros ojos penetrantes, que siempre querían profundizar, bucear en el interior de las almas.

—Vamos, maestro, no llore. ¿A qué esas lágrimas? ¿Acaso no está contento? ¿No ha sido el triunfo todo lo grande que imaginaba? ¿No rabian de envidia á esta hora todos los opositores, sus rivales? ¿Acaso le han parecido pocas las alabanzas?

No; no era aquello lo que affigía al maestro. ¡Demasiadas alabanzas! Los periódicos venían llenos de su nombre. Las revistas traían todas su retrato y el de su hermosa, su excelsa, su incomparable estatua, que representaba el Dolor. No; no que ría nada de aquello.

—Entonces, maestro, ¿por qué llora?

Inclinó la cabeza, y pudo por un momento contemplar el discípulo la cabellera espesa y entrecana de su maestro.

—Lloro, Manuel, porque no quisiera haber obtenido ese premio. Esa estatua es, como tú sabes, la efigie de mi mujer, y la hice después de su muerte para mí, para mí solo. Pero un día estuve loco, sin duda, y envié mi estatua á la Exposición, y ahora, después de profanarla miles y miles de miradas, viene por ella el dinero, el premio, el nombre, el salir de la medianía, la celebridad...

—¿Y eso le entristece, maestro?

—¡Oh, sí! Me entristece. Esta celebridad llega tarde.

—¿Tarde, maestro? No lo comprendo.

—Sí, llega tarde. Ahora me llamarán todos maestro, como tú me lo has llamado siempre, sin duda por gratitud; ahora tendré dinero, podré viajar, tener buenos modelos, y aspirar á subir, á llegar, no ya donde he llegado, sino á un más allá, que yo me forje.

—¿Y entonces?...

—Entonces, Manuel, ¿de qué me servirá el dinero? ¿Qué haré con él ahora, que mi bella ilusión, mi ideal, mi Conchita, mi esposa, el modelo de mi estatua, no existe ya para poderla cubrir de oro, mucho oro, para hacerla gozar? ¿Para qué me servirá el viajar? ¿Para qué el estudiar, si ya no vendrá ella conmigo, agradable compañera en los viajes, entendida en los estudios? ¿Para qué quiero yo llegar, si no puede ella ya llegar conmigo? ¿Si ya no puede participar de mi gloria, de mi felicidad? Dime, ¿para qué?

—¡Oh, maestro, olvide!...

—¡Olvidar! ¡Imposible! Tú no sabes de esto, Manuel. Tus amores han sido siempre amores de alquiler, entre modelos. Tú no puedes comprender el dolor de llegar faltando la mujercita adorada, la insustituible compañera, que nos ayudó á luchar. Es más, mira tú si podré yo olvidarla cuando su efigie, la escultura de su cuerpo es la que me ha hecho triunfar. ¿Con quién gastar ahora mi dinero? ¿Cómo no recordarla en miseras buhardillas, convertidas en estudio, heladas en invierno, como un horno en vera-

no, cuando ahora podría darla la felicidad?

—Deje eso, maestro, y rehaga su vida.

—No, no. ¡Prefiero llorar! Déjame solo; tú no puedes comprender esto. ¡Vete, vete!

Y el discípulo, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, se retiró cantando un aire picaresco, mientras el maestro continuaba llorando, por la Suerte, que llegaba tarde, como siempre suele llegar.

ANTONIO BERMEJO DE LA RICA.

ANDALUZADAS

A un concierto asistió Blas, que es andaluz de los buenos, y así después explicaba de la música el efecto:

—Me hallaba en una butaca al dar la función comienzo, y me «elevé» tanto... tanto... de Wagner y Listz oyendo los majestuosos «andantes» y los sublimes «allegros», ¡que estaba en el «paraiso» cuando terminó el concierto!

Visitaba un sevillano la catedral de Toledo; y asombrado contemplaba la grandeza de aquel templo. Mas no quiso que «su tierra», ni aun por sólo ese concepto, bajo otra alguna quedase, y al punto exclamó, muy serio: «Pues donde se halla Sevilla, quítese todo de en medio. Tiene nuestra catedral unos claustros tan soberbios que dos kilómetros mide de largo, el que mide menos.» Y como un amigo suyo, muy disimulado, presto le diese un fuerte pellizco para advertirle el exceso, dijo el andaluz: «... En cambio, la anchura es de medio metro.»

R. M.

La selección de amistades.

Las amistades prontamente adquiridas ó formadas son como el torrente de las montañas, peligrosas mientras duran y pasajeras. Guárdese de la persona que reclama su amistad por un encuentro incidental de años atrás, ó que sea presentado por alguna persona de reputación dudosa. Las personas que hemos conocido en nuestra vida temprana, por lo general prueban ser nuestros mejores amigos.

El que expone nuestras debilidades ó permite la lengua de la malicia atacarnos en público sin amonestar ni salir en nuestra defensa, es una amistad peligrosa. Cuando una persona, ocupando un puesto más elevado, ofrece su amistad, debe de tratarse sus avances amistosos con cautela.

Con las personas socialmente inofensivas no debe tener confianza extrema ni gran amistad; no cabe duda que, por lo general, mirarán su condescendencia como debilidad.

Cuando las personas que se conocen hayan pasado pruebas como á sus verdaderos amigos, adquiereselas como amistades no ciertas. La persona que es merecedora de su estimación la visitará cuando se encuentre usted enferma, cuando la adversidad

la oprima se hará más sociable que antes, y cuando la calumnia la ultraje, la destruirá y defenderá. Esta es la amistad verdadera, amistad de cultivar, respetar y siempre apreciar.

Lo que debe saber una dama.

«Los abrigos Kimonos» son, entre las prendas exteriores, la más fascinadora para la noche, especialmente para primavera y verano, y son muy admiradas en las personas, que les favorece. Pero no son todas las damas las que pueden usarlas, pues exigen que la figura sea de cierto estilo. Se avienen mejor á las líneas de las mujeres pequeñas que á las altas, y á las esbeltas mejor que á las gruesas.

Cuanto más se siguen las líneas del Kimono original, tanto más atractivo resulta en la prenda, y, sin embargo, muy á menudo se hace necesario el hacer alguna alteración en él, no sólo para que sea del tamaño debido, sino también para mejorar la forma ó, por lo menos, para hacerlo más apropiado al cuerpo.

«Toilette» de visita.

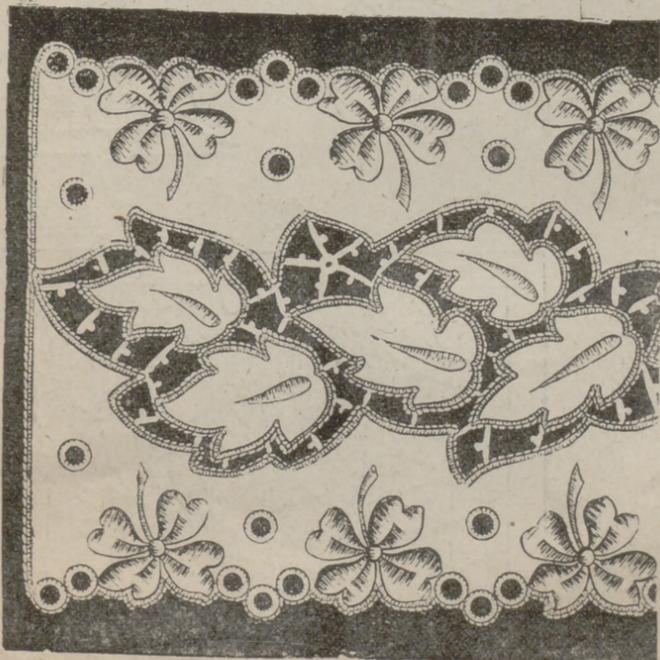


En satén liberty, con el cuerpo compuesto de un canesú encuadrado por bandas bordadas, colgantes sobre el delantero y la espalda. Mangas enteras. Cintura alta y drapeada, sujetando la túnica que descansa sobre la falda y la cola y va recogida sobre el costado derecho con una escarapela.

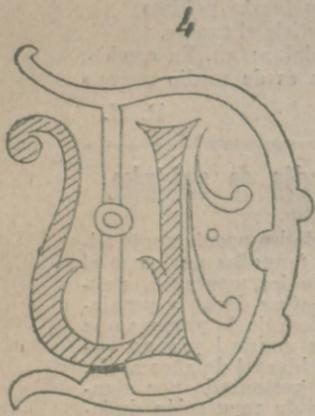
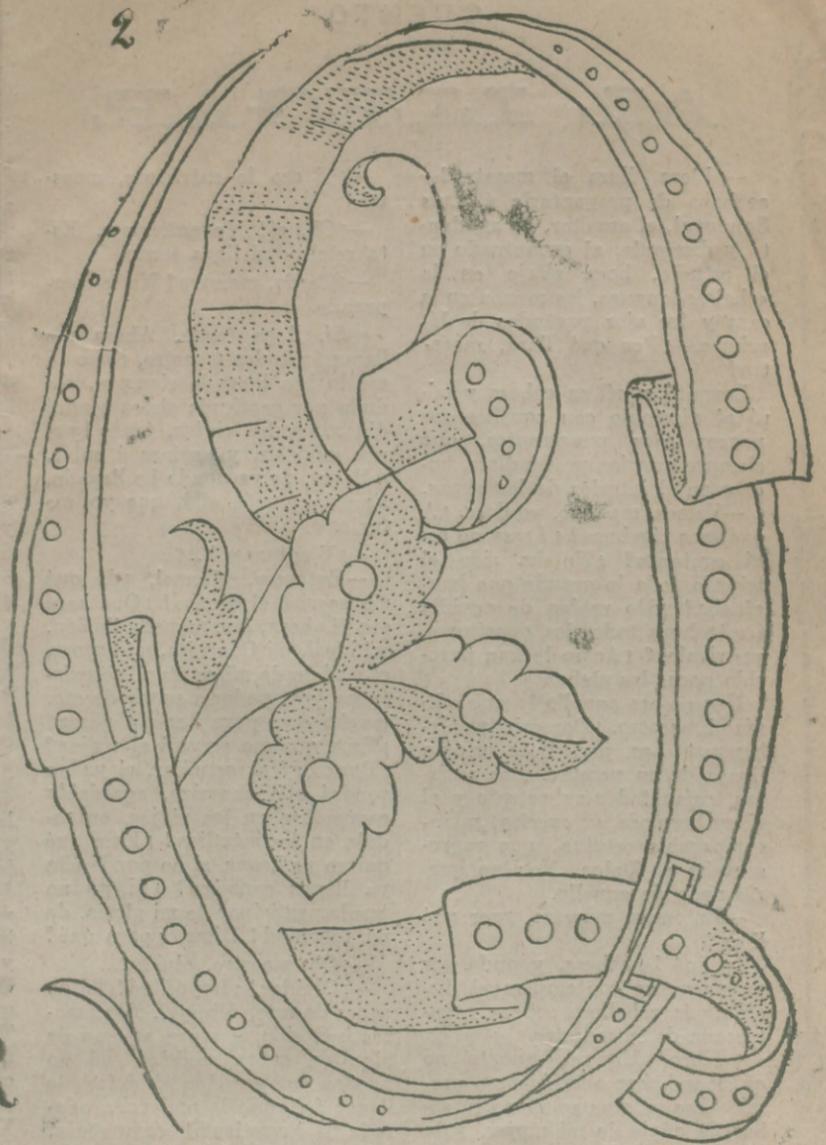
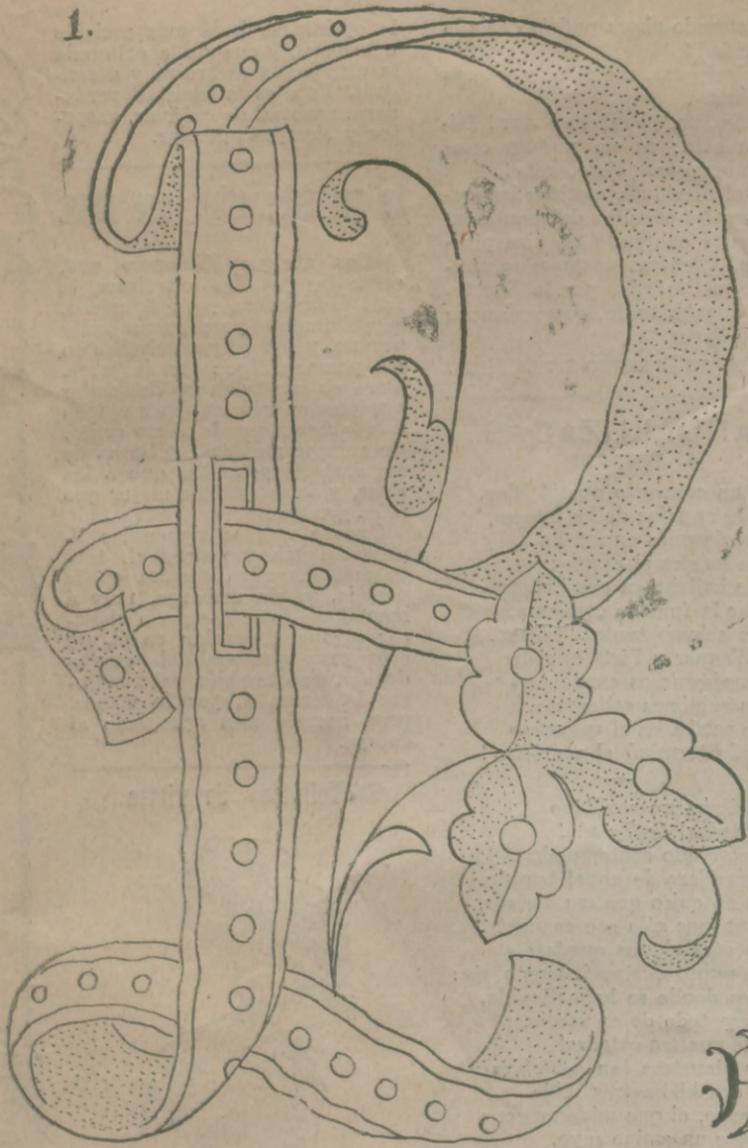
A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G.º Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

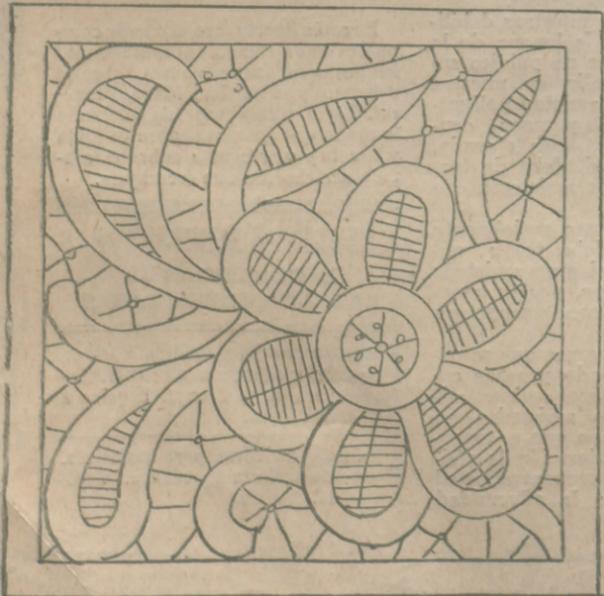
Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.



Modelo de tira ancha para adornar enaguas de señora.



8.



M. SALVI.

10.
Fidelz

11.
Benita

12.
Jacinta

9.

